

Axel Kaiser

LA TIRANÍA DE LA IGUALDAD

Por qué el igualitarismo es inmoral
y socava el progreso de nuestra sociedad



¿Es preferible una sociedad donde todos seamos igual de pobres a una sociedad donde todos seamos desigualmente ricos y a nadie le falte nada?

DEUSTO

La tiranía de la igualdad

Por qué el igualitarismo es inmoral
y socava el progreso de nuestra sociedad

AXEL KAISER



EDICIONES DEUSTO

© 2017 Axel Kaiser c/o Thinking Heads

© Centro Libros PAPP, S.L.U., 2017

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAPP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-2658-4

Depósito legal: B. 24.700-2016

Primera edición: enero de 2017

Preimpresión: Pleka

Impreso por Artes Gráficas Huertas, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91.702.19.70 / 93.272.04.47.

Sumario

Introducción.....	13
Capítulo I: El liberalismo como maldición, el socialismo como salvación.	15
Capítulo II: La idea de derechos sociales como fundamento del colectivismo	63
Capítulo III: El Estado como motor de la prosperidad económica	113
Epílogo: La tiranía de la igualdad.....	143
Bibliografía.....	147

Capítulo I

El liberalismo como maldición, el socialismo como salvación

El socialismo es el fantástico hermano menor del decrepito despotismo, al que pretende suceder. Sus esfuerzos son, por lo tanto, profundamente reaccionarios, pues desea tal poder estatal como sólo el despotismo poseyó. De hecho, va más lejos que cualquier cosa que haya existido en el pasado porque su fin es la aniquilación formal del individuo, al que considera un lujo injustificado de la naturaleza que debe ser mejorado por algún órgano útil de la comunidad general. Silenciosamente se prepara, por lo tanto, para el reino del terror y utiliza la palabra «justicia» como un clavo en la cabeza de las masas poco cultivadas, privándolas totalmente de su capacidad de comprender y proveyéndoles de buena consciencia para el juego maligno que han de jugar.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Progreso, desigualdad y escándalo moral

La desigualdad es «el desafío decisivo de nuestro tiempo» dijo Barack Obama en un discurso el año 2013.¹ La lógica que siguió para fundamentar su visión es conocida. Como todos los partidarios de la igualdad material, Obama afirmó que es inmoral y peligroso tener una sociedad donde haya algunos que viven mu-

1. Palabras del presidente sobre movilidad económica, 4 de diciembre de 2013. Disponible en: <<https://www.whitehouse.gov/the-press-office/2013/12/04/remarks-president-economic-mobility>>.

cho mejor que otros y que, por tanto, el Estado debe redistribuir riqueza. Diversos líderes del mundo político han replicado esta idea siendo Pablo Iglesias el más dramático al afirmar que «la desigualdad es lo que rompe España».² Para esta mentalidad la desigualdad es inmoral por definición y una sociedad igualitaria siempre será mejor que una sociedad desigual. Así de simple. La postura igualitaria parece razonable y ética, pero ¿lo es? En primer lugar, cabe preguntarse si acaso es cierto que una sociedad más igualitaria es siempre preferible o más moral que una con mayor desigualdad. ¿Es mejor éticamente una sociedad donde todos sean igualmente pobres a una sociedad donde todos sean desigualmente ricos y a nadie le falte nada? O, para plantearlo de modo menos extremo, ¿es superior una sociedad con mayor igualdad y menor calidad de vida que una con más desigualdad y mayor calidad de vida de la población? Evidentemente pocos prefieren una sociedad donde todos están peor a una donde todos estamos mejor sólo porque la primera sea más igualitaria. Y si eso es así entonces la igualdad no puede ser un bien moral superior. Existen países africanos con mayores niveles de igualdad que Estados Unidos, por ejemplo, y pocos dirían que esas sociedades sean más morales o mejores que la norteamericana porque son más iguales. La igualdad material no es un fin deseable por sí mismo como cree Obama y la izquierda y parte de la derecha occidental, si lo fuera, entonces sería mejor una sociedad igual donde todos están peor que una sociedad desigual más rica donde todos están mejor. El reclamo por igualdad confunde a la gente porque, en realidad, es un reclamo por riqueza. Evidentemente todos quieren ser iguales al que tiene más, nadie quiere ser igual al que tiene menos. Si la gente en las clases medias y populares apoya las propuestas redistributivas igualitarias no es porque crea en la igualdad como un valor en sí, sino porque cree que su situación particular mejorará al obtener nuevas regalías que el político le dará. Ningún político prometerá la igualdad a las masas diciéndoles que las va a nivelar hacia quienes están más abajo. Lo que promete es que las va a nivelar hacia arriba

2. Ver: <https://www.youtube.com/watch?v=4cP8B__DXfI>.

sacándole dinero a los más ricos. Si bien a nivel político el discurso igualitario es rentable, pues promete más beneficios a las personas y explota la envidia recurriendo al odio de clases, lo cierto es que individualmente la gente no quiere ser igual al resto. Ésta es una verdad fundamental que destruye por completo la doctrina igualitarista: las personas prefieren la desigualdad porque quieren diferenciarse del resto. Todo el mundo desea que su hijo sea el líder, su hija la más linda, la más inteligente y así sucesivamente. La búsqueda de la superación está en la esencia del ser humano. Ningún padre o madre le dice a su hijo de diez años que regresó de un partido de fútbol que jugó «igual que el resto». Lo que hace es decirle que estuvo genial y destacar las cualidades que lo distinguen de otros. Del mismo modo, tan pronto pueden, las personas se cambian a mejores barrios, se inscriben en clubes privados o compran marcas que muestran estatus. Incluso un sociólogo de izquierda como François Dubet reconocería que al final somos las personas las que «preferimos la desigualdad», y que eso se debe a razones mucho más complejas que culpar a un sistema económico determinado como suelen hacer los socialistas.³ Dubet, a pesar de ser de izquierdas, reconoce el hecho esencial de que la igualdad no es lo que la gente busca en ningún nivel social. Según el francés, «todos los que pueden —y que no son necesariamente los más ricos— quieren desarrollar un capital social endógeno, vivir en los mismos barrios... por el ambiente, la seguridad y la estética urbana, sin hablar de la sectorización escolar. Los individuos no buscan las desigualdades, pero sus decisiones la engendran».⁴ Tal vez Dubet tiene razón cuando dice que los individuos no buscan por definición la desigualdad incluso al diferenciarnos de otros, pero no hay duda de que buscamos el progreso independientemente de cómo estará el resto. Nadie que puede irse a un mejor barrio se queda en un mal barrio para ser «igual» a los de ese barrio. La razón para ello, como ha mostrado el profesor de Harvard, Steven Pinker, un experto en psicología evolutiva, es que forma par-

3. Ver, François Dubet, *Solidaridad: ¿Por qué preferimos la desigualdad?*

4. *Ibíd.*, p. 25.

te de la naturaleza humana el darle prioridad al interés personal y al de la propia familia por encima del de los demás. Así es como nuestro cerebro ha evolucionado. Ello explicaría, por ejemplo, el hecho de que los padres prefieran gastar su dinero en cosas para el agrado de sus hijos —bicicletas, viajes, educación, autos, etc.— que ahorrarla para salvar la vida de otros niños desconocidos que mueren de hambre en África.⁵ Como veremos más adelante, nada de esto significa que no podamos ser solidarios ni tener empatía con quienes son desafortunados. El punto es que en nuestra naturaleza no está el buscar la igualdad con otros, sino nuestra prosperidad y la de nuestros cercanos. La desigualdad material es, por lo tanto, esencialmente un resultado inevitable de nuestra naturaleza más profunda. Pero, además, los seres humanos, si bien somos iguales en el sentido general de cómo nuestro cerebro está estructurado siendo capaces del mismo tipo de emociones y motivaciones, somos todos distintos a un nivel personal: tenemos diversas preferencias, valoraciones, hábitos, costumbres, inteligencias, aspecto físico, aptitudes y ADN, entre muchos otros factores. Si se permite que actuemos con libertad, esa diversidad se expresará de muchas formas que van desde la manera de vestirnos y actuar hasta nuestros ingresos. Es por lo mismo absurdo pretender igualdad de resultados cuando la naturaleza nos ha hecho a todos tan desiguales y nuestro entorno, experiencias y cultura refuerzan esa diversidad. Tan fuerte es el poder diferenciador en nuestra especie que incluso entre hermanos las diferencias suelen ser gigantescas. Esto es algo que debería celebrarse y no condenarse. La gracia de la diversidad humana es precisamente que produce personas distintas, es decir, desiguales. Para tratar de igualarnos tendríamos necesariamente que recurrir a la violencia sistemática para suprimir la manifestación de las diferencias que nos caracterizan. Esto es lo que buscó el socialismo y por eso condujo inevitablemente a regímenes totalitarios donde todos vivían en la miseria, salvo los líderes del Partido que vivían como príncipes mientras hablaban de la igualdad. El igualitarismo material es profundamente inmoral

5. Steven Pinker, *The Blank Slate*, p. 216.

porque para intentar alcanzarse debe basarse en el uso de la violencia sobre las personas, prohibiéndoles ser lo que son o beneficiarse del ejercicio de su libertad. Si usted quisiera igualar a todos los jugadores de fútbol para que no haya un Messi, tendría que prohibirle al genio argentino jugar como juega o bien quitarle lo que gana para repartirlo de manera igualitaria entre todos los jugadores de fútbol, con lo cual le impide beneficiarse del ejercicio de su libertad, lo que es lo mismo que arrebatarle su libertad. Pero, además, como es obvio, si se aplicara esa política redistributiva los Messi de este mundo en las diversas áreas dejarían de existir, pues no tendrían incentivo alguno para desplegar sus talentos. Eso es lo que el socialismo logró sin excepciones donde se practicó. Es importante recalcar aquí que no hace ninguna diferencia en este punto el hecho de que se quiera lograr igualdad de oportunidades, pues ésta no puede distinguirse de la igualdad de resultados. Los padres, como hemos visto, naturalmente transfieren a sus hijos todas las ventajas que están a su alcance y, por tanto, si pueden darle mejor educación que otros lo harán. La única manera de evitar que padres con más ingresos benefician a sus hijos con una mejor educación que los demás sería obligándolos a todos a mandarlos a escuelas estatales igualitarias como era en la Unión Soviética o Cuba y además prohibirles que les enseñen fuera de la escuela. Es cierto que en Europa los países ricos, en general, tienen sistemas de educación estatal de calidad aunque también han ido empeorando y con las olas migratorias se están produciendo desigualdades antes inexistentes que estos sistemas no pueden resolver. Pero en ellos también existen padres muy adinerados que envían a sus hijos a internados privados que les dan, en muchos casos, ventajas que otros no tienen. El punto en todo caso es que si queremos igualdad de oportunidades ni siquiera sería suficiente obligar a todos a ir a los mismos colegios. Imagine unos padres que hablan dos idiomas y desde pequeños a sus hijos les hablan en ambos. Ya ese solo hecho da una enorme ventaja a esos niños por sobre los de aquellos padres que no hablan otro idioma. ¿Cómo garantizaría igualdad de oportunidades ahí? Pues la única forma sería interviniendo la familia con un agente estatal. Además hay padres

mucho más preocupados que otros, que dan más afecto que otros, que alimentan mejor a sus hijos que otros, que les inculcan hábitos más sanos y productivos, etcétera. Es imposible intentar igualar todo eso sin caer en un régimen totalitario. Lo que se puede y debe hacer ciertamente es ayudar a los que están peor para que estén mejor, pero eso no es buscar igualdad sino el progreso de aquellos rezagados sin importar qué tan bien le esté yendo a los demás. Esta diferencia es esencial, pues no es lo mismo querer que todos estén igual a que todos estén mejor. Lo primero se logra con la fuerza estatal que suprime la libertad, lo segundo requiere de la libertad para generar prosperidad y de apoyos específicos del Estado que pueden o no resultar en mayor igualdad. Pero los igualitaristas insisten que no importa que todos progresemos porque si se mantienen las diferencias de ingresos y oportunidades hay injusticia. Aquí entramos nuevamente en el problema de la desigualdad relativa que tanto molesta a socialistas, socialcristianos y otros. Ya analizamos que desde el punto de vista moral no tiene sentido decir que la igualdad es buena por definición. Este punto quedará más claro con un ejercicio teórico que muestra la relación entre progreso, desigualdad y calidad de vida. Asumamos por un minuto que la idea según la cual la desigualdad es inmoral por definición es correcta. Si ello es así, entonces, como sociedad debemos hacer todo lo posible por castigar a los creadores de desigualdad y, no sólo eso, debemos condenarlos públicamente como inmorales por crear una sociedad más injusta. Para tener claro quiénes son esos despreciables personajes, debemos primero entender cómo surge la desigualdad en un orden de mercado. Imagine usted un pueblo muy pobre pero muy igual, sin antibióticos, sin celulares ni computadores, sin agua potable, sin electricidad, ni comodidades. En otras palabras, imagine una sociedad como aquella en las que vivían nuestros antepasados. Esta sociedad, desde un punto de vista igualitario, es perfectamente moral, pues no hay grandes diferencias de ingresos, oportunidades o calidad de vida. Suponga por un momento que un hombre del pueblo, angustiado por la falta de alimentos para su familia, tiene la genial idea de inventar un invernadero. Al poco rato esa familia tendrá

más alimento que las demás y, por cierto, más oportunidades de sobrevivir. Desde el punto de vista de la ética igualitaria, esta sociedad es ahora más inmoral que antes, pues se ha creado una desigualdad que no existía. Desigualdad que no sólo beneficiará al que inventó el invernadero, sino también a sus hijos, quienes no tienen ningún mérito por el ingenio de su padre y, por tanto, según ciertos igualitaristas, no merecen ese alimento más que otros niños que no tuvieron la suerte de tener un padre tan creativo. Ahora bien, como los seres humanos no son meros espectadores de buenas ideas, después de un tiempo muchos comenzarán a copiar la nueva tecnología, generando un incremento en la calidad de vida de sus familias. Esto ocurrirá hasta que se generalice el uso de invernaderos y todo el mundo esté mejor. Pero el problema para el igualitarista está lejos de terminar. A poco andar, a otro habitante se le ocurre inventar una medicina para una peste que mataba a mucha gente. Como al principio la capacidad de producción de la medicina es limitada, sólo unos pocos podrán acceder a ella, creando una enorme desigualdad en materia de oportunidades para sobrevivir. Esto sería, desde un punto de vista igualitario, intolerable, pues antes había una sociedad donde todos tenían las mismas oportunidades en materia de salud y ahora hay una donde unos pocos se diferencian radicalmente de otros. Si por algún milagro los inventores de la medicina sobreviven a la persecución de los justicieros igualitarios, ocurrirá con ella lo que con el invernadero: tras el paso del tiempo, la nueva medicina se masificará y todos tendrán acceso a ella. En pocas palabras, habrá progreso universal e igualdad en términos de calidad de vida. Ésa es la historia del sistema de mercado. Tome el ejemplo de los celulares. Hace quince años sólo gente muy rica podía tener uno y era de muy baja calidad. Hoy cualquiera tiene uno más barato y de mejor calidad que el que tenía el habitante más rico del mundo hace una década. La lista de cosas que han seguido esa lógica es infinita. El premio Nobel de economía del año 2015, Angus Deaton, un experto en estudios sobre desigualdad, ha dejado claro este punto. Refiriéndose a innovaciones que aumentan la salud, por ejemplo, dice que «cuando surgen nuevas invenciones o nuevo conocimiento

alguien tiene que ser el primero en beneficiarse, y las desigualdades asociadas a la espera por un tiempo son un precio razonable que hay que pagar».⁶ Según Deaton sería «absurdo» que, por evitar que unos pocos se beneficien al principio generando desigualdad, condenemos a todo el mundo a una mala salud sólo por asegurar igualdad. Esta lógica, afirma el profesor escocés, se aplica a todo lo demás: primero unos pocos se benefician habiendo desigualdad y después el invento se masifica mejorando a todos. El igualitarista dogmático no ve esta parte y pretende lograr una igualdad impuesta desde el Estado que, finalmente, sólo detiene el progreso de los más pobres sin siquiera lograr necesariamente la igualdad que busca. La inmoralidad del igualitarismo es entonces doble: por un lado atenta contra la libertad y la diversidad humana que son valores esenciales, y por otro condena a los que pretende ayudar a menores niveles de progreso.

La ficción del interés general

Aunque teóricamente es posible igualar hacia arriba incrementando la riqueza como hace el mercado, en la práctica política igualar necesariamente implica nivelar hacia abajo, es decir, redistribuir la riqueza. ¿Cómo igualaríamos a Bill Gates con el resto de la humanidad si no es quitándole lo que tiene? Es la única forma porque los recursos no dan para que todos tengan lo mismo que el magnate norteamericano, y políticamente es más fácil quitarle a un rico que generar condiciones para que mejore un pobre. Ahora bien, esta visión es la que propone el igualitarista, porque como vimos lo que le importa no es que todos estén mejor sino que todos estén igual. Retomemos un caso sensible para ilustrar las implicaciones de esta visión: la salud. Sólo existe una cierta cantidad de tratamientos completos para enfermedades catastróficas, por ejemplo. Por desgracia, no son infinitos los recursos, lo cual significa que si hay más personas con una enfermedad grave que recursos disponi-

6. Angus Deaton, *El gran escape*, p. 24.

bles alguien tendrá que decidir quién recibe el tratamiento y quién no, como siempre en los hospitales estatales. Los recursos son finitos y no existe magia que permita multiplicarlos indefinidamente. Frente a esa realidad, la idea igualitarista implicaría que es mejor que nadie se salve a que se salven sólo algunos, pues ésa sería una desigualdad injusta. Como es obvio, esta alternativa igualitaria es de lejos la más inmoral. Más inmoral aún si se entiende que el aumento de recursos en una sociedad, también para la salud, está estrechamente vinculado con los incentivos para crearlos y con la capacidad de gasto que tienen quienes están en la cima de la pirámide económica. Son ellos, como sugiere Deaton, quienes pueden pagar por remedios y tratamientos nuevos y caros que después se masifican bajando sustancialmente de precio haciéndose accesibles para la mayoría. Esto no significa, por supuesto, que no deba haber planes de salud para personas sin recursos. El punto es que siempre hay y habrá, en todos los países, personas que pueden acceder a medios mientras otros no, lo cual cuenta tanto para la salud como para cualquier otra cosa y eso es fundamental para que la producción se masifique.

Los igualitaristas, en general, no toman en serio el problema de la escasez de recursos cayendo en una sensiblería superficial que en nada mejora la situación de aquellos en estado de necesidad. Lo importante para ellos, como hemos dicho, es que, al menos en áreas sensibles como educación y salud, nadie tenga más que otro, lo cual sólo puede conseguirse con la eliminación del mercado, es decir, de la libertad de elegir de las personas en esas áreas. De ese modo, a través del intervencionismo estatal, sostienen, se va a conseguir de verdad el «interés general» que no puede existir si cada uno persigue su interés individual en el mercado. No deja de ser interesante notar que para la mentalidad socialista y derechista, la comunidad y el «interés general» se construyen fundamentalmente desde el Estado y no desde la sociedad civil. Son los políticos y burócratas obligando al ciudadano a ir a hospitales y colegios estatales los que de ese modo velan por el místico «bien común». El interés individual, dicen ellos, lo define cada persona por sí mis-

ma, mientras el general puede entrar en conflicto con el anterior porque se refiere a toda la sociedad y, por tanto, debe ser perseguido desde el Estado. ¿Le parece esto coherente desde un punto de vista lógico? ¿Existe algo así como un interés general? ¿Y si lo hay, quién lo define? Digamos de partida que «la sociedad» no existe de manera independiente de los individuos que la componen, es decir, no hay algo así como una «sociedad» en abstracto. «La sociedad» ni tiene inteligencia, ni actúa, ni tiene emociones porque no es un ente aparte de las personas. Max Weber, padre de la sociología moderna explicaría, refutando las visiones sociológicas holistas y colectivistas, lo siguiente: «Para fines sociológicos no existe algo así como una personalidad colectiva que actúa. Cuando se hace referencia en el contexto sociológico a un Estado, nación, o corporación [...] o colectividades similares, lo referido [...] es sólo cierto tipo de desarrollo de acciones sociales actuales o posibles de personas individuales». ⁷ Si Weber tiene razón, entonces «la sociedad» no puede tener intereses distintos a los de sus miembros y el «interés general» debe necesariamente coincidir con lo que interesa a cada uno de los integrantes de la sociedad. Y si eso es así, se llega necesariamente a entender el «bien común» o «interés general» como las condiciones que permiten a cada persona perseguir, libremente y sin dañar a terceros, sus propios fines. Thomas Jefferson, tercer presidente de Estados Unidos y redactor de la declaración de independencia de ese país, expresaría esta idea de manera insuperable cuando sostuvo que «el bien común —*public good*— se promueve de la mejor manera por el esfuerzo de cada individuo buscando su propio bien a su propio modo». ⁸ El «interés general» se garantiza, así, con la protección de los derechos individuales —vida, libertad y propiedad— de todos los miembros de la comunidad que es lo que permite a cada uno perseguir sus fines y servir a la comunidad.

No es que la sociedad no exista, por supuesto. Lo que ocurre es que ésta no es una entidad aparte de los individuos que la

7. Max Weber, *Economy and Society*, 1, pp. 13-14.

8. Gordon Wood, *The Idea of America*, p. 161.

componen ni tiene un interés distinto al de ellos, como creen la izquierda y cierta derecha conservadora siguiendo una antigua tradición colectivista. La sociedad es un evento que surge de los intercambios e interacciones permanentes de los distintos individuos y los grupos que éstos conforman. En consecuencia, donde no hay libertad de actuar e interactuar no puede haber sociedad ni resguardarse el «interés social» pues éste precisamente se satisface y emerge de la interacción libre de las personas. A los delincuentes, por ejemplo, los llamamos «antisociales» precisamente porque no aceptan las reglas del juego que nos permiten interactuar y perseguir nuestros fines libremente y sin dañar a otros. Poniendo un ejemplo muy sencillo podemos decir que la sociedad es un proceso de interacción libre bajo ciertas reglas, así como un partido de fútbol es un proceso de interacción entre los jugadores, quienes tienen plena libertad de actuar dentro de ciertas reglas del juego. Si se les prohíbe actuar entonces desaparece el juego y sólo quedarán veintidós personas quietas en una cancha. Del mismo modo, mientras el poder político imponga más restricciones a la actuación de los individuos, más se debilita el proceso dinámico que constituye la esencia de la sociedad. Por esa razón, la idea de un «interés general» independiente, e incluso en oposición a los intereses particulares de cada individuo, no es más que una ficción. Y si entendemos que es una ficción, no queda otra alternativa que la de un Estado limitado que se restrinja a proteger los derechos individuales, lo que permite el juego espontáneo del cual depende la sociedad, así como la sanción de las faltas en el fútbol permite que se desarrolle el partido. Si en cambio creemos lo contrario, es decir, que se puede proteger el interés de todos los individuos juntos mediante la limitación del interés de todos por separado, las puertas se abren para un intervencionismo estatal ilimitado y para la concentración, también ilimitada, del poder en manos de la autoridad. Sería como el árbitro diciéndole a cada jugador cómo debe jugar, qué goles puede marcar y a quién debe darle los pases.

Esta idea de un «interés general» opuesto al interés individual, que los igualitaristas defienden, no es algo novedoso. El

filósofo francés nacido en Ginebra, Jean-Jacques Rousseau, un precursor del marxismo, del nazismo y de los totalitarismos colectivistas del siglo XX, inventó una fórmula muy parecida a la del «interés general» en su famoso libro *El contrato social*. En esa obra, Rousseau argumentó que existía algo llamado la «voluntad general» del pueblo, la que se encarnaba en el Estado y que era distinta a la voluntad separada de cada persona que integraba ese mismo pueblo. Según Rousseau, puesto que «la voluntad general» al mismo tiempo comprendía la voluntad y el interés de todos los integrantes del pueblo, ésta era infalible: «La voluntad general está siempre en lo correcto y tiende a la ventaja del público», dijo.⁹ Es, por supuesto, la clase gobernante la que interpreta esa «voluntad general» por lo que para Rousseau era la autoridad la realmente infalible. A fin de cuentas, quién si no quienes controlan el poder van a ser los que representen y encarnen esa abstracta «voluntad general» o el «interés general». Por lo mismo, dijo Rousseau, no hay necesidad alguna de limitar el poder del Estado, ya que la autoridad siempre sabe lo que es mejor para el pueblo y siempre actúa en su beneficio, pues en cierto sentido la autoridad es el pueblo. En consecuencia, si a usted lo obligan a hacer algo por la fuerza, si lo encarcelan o torturan por alguna razón que los gobernantes estiman justificada, se está actuando en su propio bien y el del pueblo, pues usted es parte de la «voluntad general» que la autoridad infaliblemente encarna.

Las implicaciones totalitarias de esta visión son evidentes. El filósofo Isaiah Berlin, uno de los pensadores más relevantes del siglo XX, analizando la doctrina de Rousseau, afirmó que para él «la libertad es idéntica a la autoridad y es posible tener libertad personal mediante el control completo por parte de la autoridad». Así, «mientras más obedezcas más libertad y más control».¹⁰ Rousseau, continúa Berlin, cae en un misticismo letal para la libertad al pensar que existe algo como la «volun-

9. Jean-Jacques Rousseau, *The Social Contract and Discourses by Jean-Jacques Rousseau*, p. 53.

10. Isaiah Berlin, *Freedom and its Betrayal*, p. 37.

tad general» encarnada en el Estado que sabe mejor que los individuos cuál es su bien y su interés. Y es letal porque, como supuestamente la autoridad sabe mejor que ellos qué es lo que les conviene, entonces puede obligarlos por la fuerza a ser «libres» ya que la libertad implica racionalmente hacer lo que sería mejor para uno. Berlin aclara que fue esta doctrina la que sirvió de justificación para Robespierre y sus crímenes durante la sangrienta Revolución francesa, para Hitler, Mussolini y los comunistas en general. La doctrina de Rousseau según la cual la libertad de las personas se consume en el Estado, dice Berlin, fue la de la «servidumbre absoluta». Por ello, para el profesor de Oxford, Rousseau es uno de los «más siniestros y formidables enemigos de la libertad en toda la historia del pensamiento moderno».¹¹

No cabe duda de que la mayor parte de la izquierda socialista no busca un régimen totalitario. Pero tampoco era eso lo que buscaba Rousseau. El problema es que la doctrina que separa al individuo de su voluntad y de su interés pretendiendo que existe una autoridad que sabe mejor que él cuál es su interés y que, por tanto, puede imponérselo desde el Estado, contiene los gérmenes del autoritarismo y del totalitarismo. Se trata de un misticismo, como dice Berlin, que justifica el uso de la violencia por los que controlan el Estado sobre los ciudadanos, bajo el pretexto de servir a los mismos que somete por la fuerza. Tomemos un caso concreto donde se aplica la lógica rousseauniana: la educación. Básicamente, el modelo planteado por los socialistas en el mundo prohíbe que los padres elijan lo que estiman mejor para sus hijos y gasten su dinero de acuerdo a eso asignando ese rol al Estado. Que el Estado, es decir, la autoridad le prohíba a usted decidir sobre la educación de sus hijos es claramente incompatible con cualquier idea básica de libertad y es lo que han hecho todos los regímenes totalitarios de la historia.

Aparte de la afirmación de que ello crea «desigualdad de oportunidades», el argumento que se da para que el Estado

11. *Ibíd.*, p. 49.

controle toda la educación es que los padres son incapaces de saber realmente qué es lo mejor para sus hijos y, por lo tanto, los burócratas e intelectuales que controlan el Estado deben imponerles por su propio bien el tipo de educación y el colegio al que deben mandar a sus niños. Este desprecio elitista de los socialistas por los más pobres y por la misma clase media, que afirma defender, es ciertamente todo lo contrario a lo que piensan los liberales desde Smith en adelante. Como recordará el profesor Samuel Fleischacker: «En el contexto del siglo XVIII Smith presenta una imagen notablemente dignificada de los pobres, una imagen en que éstos toman opciones tan respetables como aquellas de sus “superiores”, donde en realidad no hay “inferiores” o superiores».¹² Para buena parte de la izquierda, en cambio, la solución es que el Estado, esa figura semidivina que sabe mejor que el resto lo que le conviene, arrebatase a los padres «incapaces» la libertad de elegir. Así, esta doctrina rousseauiana que separa el interés general de los intereses individuales, acrecienta el poder de los gobernantes sobre la vida de las personas, justificándose en que a mayor control sobre ellas mejor para éstas pues más libres serán después gracias a la sabia decisión que la autoridad les impuso. Por cierto, el Estado no tiene porqué detenerse en la educación. La lógica del argumento lleva a una expansión ilimitada del poder estatal, pues lo mismo podría decirse en materia de alimentación, vivienda, vestuario, etcétera. ¿Acaso la gente no se deja seducir en todos esos casos por la publicidad tomando decisiones que muchas veces no son óptimas para ellos? ¿Por qué detenerse en la educación si creemos que el Estado, como encarnación del «interés general» debe cumplir el rol de resguardar a la gente de su propia estupidez? La verdad, sin embargo, es que no solamente son los burócratas y políticos, en general, mucho más incompetentes que los mismos ciudadanos para resolver los problemas que éstos tienen, sino que además hay un tema de principios involucrado. Pues supongamos que, efectivamente, usted no sabe lo que le conviene, ¿acaso no corresponde a su libertad y

12. Samuel Fleischacker, «Adam Smith y la igualdad», p. 43.

responsabilidad tomar las decisiones que le afectan a usted y a su familia? Aun si fuéramos gobernados por ángeles de nobles intenciones que siempre conocen nuestro bien mejor que nosotros, ¿estaríamos dispuestos a aceptar que nos impongan todos los días cómo debemos vivir nuestras vidas? Claramente no y esto es lo que los estatistas olvidan. La gente desea preservar su libertad aunque pague costes por ejercerla porque es parte integral de su dignidad.

El liberalismo y el mercado: ¿demasiado inhumanos?

Como es esperable, la desconfianza en la libertad individual que expresa tanto la izquierda como cierta derecha, sumada a su devoción por el Estado, deben llevarlas necesariamente a una crítica devastadora del mercado. A pesar de que reconocen en él, hasta cierto punto, un espacio de libertad, lo atacan como fuente de los más diversos vicios, reflejando así el clásico espíritu socialista —y conservador— que ve en el mercado un elemento corruptor, si es que no un juego de suma cero donde uno gana lo que otro pierde. La visión del mercado como un espacio que fomenta conductas poco humanas es una falacia porque, como vimos, perseguir nuestro interés es parte de nuestra naturaleza más profunda y es la forma de garantizar nuestra subsistencia como individuos y familias al tiempo que beneficiamos a otros. Nada de eso es puro e insano egoísmo. Pero esto hay que desarrollarlo con mayor detalle. Nos dice, en general, la izquierda, en notable sintonía con cierta derecha conservadora, que en el mercado sólo priman dos intereses particulares que, luego de realizada la transacción, se desvanecen. Se trataría, en consecuencia, sólo de una pobre relación instrumental de la cual no resulta nada más que un eventual beneficio del intercambio para las partes. La racionalidad del mercado sería incluso incompatible con la lógica de la amistad y del respeto.

Para ilustrar su argumento de que el mercado es puro egoísmo, intelectuales socialistas y conservadores suelen citar a Adam Smith, padre del liberalismo económico moderno, y su

famoso ejemplo del carnicero que no nos da nuestra cena por benevolencia, sino porque espera un beneficio a cambio. Pero resulta que Smith, filósofo moral antes que economista, jamás redujo al ser humano a una pura lógica instrumental ni aun en las transacciones realizadas en el mercado. En su famosa *La teoría de los sentimientos morales*, escrita antes que *La riqueza de las naciones*, Smith sostiene que: «Más allá de qué tan egoísta podamos asumir que es un hombre, evidentemente existen principios en su naturaleza que lo llevan a interesarse por el destino de otros y que le dan una felicidad necesaria para él aunque no extraiga nada de ese destino salvo el placer de contemplarlo».¹³ Según Smith, si bien es cierto que los seres humanos actuamos motivados por nuestro amor e interés propio —*selflove*— en el mercado, también nos preocupamos por otros de manera desinteresada. Smith explica que la «empatía», es decir, la facultad de ponernos en el lugar del otro, es lo que nos lleva a ayudar a quienes están sufriendo.¹⁴

En la visión de Smith, la solidaridad es un acto de generosidad espontáneo del espíritu humano y no, como sugiere la izquierda, de la confiscación violenta de la riqueza realizada por los gobernantes. Milton Friedman, sucesor intelectual de Smith, advirtió esto perfectamente: «Smith habría estado de acuerdo en que la mano invisible era más efectiva que la mano visible del Gobierno para movilizar, no sólo recursos materiales para fines propios inmediatos, sino también la simpatía para fines caritativos desinteresados».¹⁵ Pero hay más, porque Smith dice que el ideal del mercado se basa en una profunda ética del respeto y honestidad con el otro y no en un mero intercambio interesado e instrumental. El camino a la fortuna —escribió el filósofo escocés—, en todas las profesiones de nivel medio y bajo, requiere, no sólo de habilidades profesionales, sino de «la buena opinión de sus vecinos», la que no puede obtenerse sin

13. Adam Smith, *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza Editorial, Madrid, 2004, p. 9.

14. *Ibíd.*, p. 10.

15. Milton Friedman, «Adam Smith's Relevance for 1976».

buena conducta. Según Smith, «la honestidad es la mejor política...» y, por tanto, entre quienes han progresado económicamente con sus profesiones «podemos esperar un alto grado de virtuosismo, lo que afortunadamente para la moral de la sociedad, es la situación de la mayor parte de la humanidad».¹⁶ Para ascender en el mercado, dice Smith entonces, no basta con ser talentoso, hay que ser también lo suficientemente honesto y virtuoso. Pensemos un segundo en esta idea. Si la racionalidad del mercado fuera sólo la de la máxima ventaja que uno pueda sacar —lo que también a veces ocurre, sin duda— la regla general sería la deshonestidad, el no cumplimiento de los contratos y la estafa. Todos sabemos que no es así. Aun cuando esto varía de una cultura a otra, las personas en general cuidan su reputación cumpliendo con lo prometido, respetando la propiedad del otro y la palabra empeñada. Como dijo Max Weber, el ideal del cual surge el capitalismo «es el del hombre honrado y digno de crédito».¹⁷ Y tenía razón. De hecho si escándalos como Enron y otros causan tanta conmoción es porque son más bien la excepción de la regla general en un mercado, aunque la impresión popular a veces sea la contraria. Nuestra expectativa y nuestro estándar es la honestidad y cuando ésta se ve defraudada nos indignamos y exigimos sanción para los responsables.

Smith, por cierto, era también consciente de que, sobre todo, los grandes empresarios solían conspirar para beneficiarse a expensas del resto. Ésa era la esencia del sistema mercantilista corrupto que denunció en su obra *La riqueza de las naciones*, y que en América latina fue promovido masivamente por la CEPAL y la izquierda desde la década de los cuarenta a los ochenta. Esto es lo que dijo Smith sobre cierto tipo de empresarios: «El interés de los *dealers* en cualquier rama del comercio o de las manufacturas es siempre distinto e incluso opuesto al del público. Ampliar los mercados y cerrar la competencia es siempre el interés del empresario [...] la propuesta de cual-

16. Smith, *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza Editorial, Madrid, 2004, p. 63

17. Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, p. 26.

quier regulación que venga de este orden de hombres [...] viene de un orden de hombres cuyos intereses nunca son exactamente los mismos que los del público y que, en general, tienen el interés de engañar y oprimir al público».¹⁸

Pero el mismo Smith dejaba claro que estos grupos de interés necesitaban del Estado para beneficiarse y obtener privilegios arbitrarios, pues sólo el Estado mediante sus regulaciones puede cerrar los mercados y proveer esos beneficios arbitrarios. En un mercado verdaderamente libre, pensaba Smith, no era posible o era muy difícil ese tipo de corrupción. La izquierda ignora esto y ataca la lógica del mercado libre sin entenderla. Pues la verdad es que en ésta, sin un comportamiento relativamente virtuoso de la generalidad de personas, los costes de hacer negocios —costes de transacción— aumentarían tanto que el mismo mercado colapsaría. No es entonces pura razón instrumental lo que anima a quienes realizan millones de intercambios todos los días. También los mueve un sentido de dignidad propia y respeto por el otro y por lo que es del otro. Y éstas son virtudes sin las cuales la civilización no podría existir y el mercado, sin duda, las promueve probablemente más que cualquier otra institución.

A diferencia de lo que piensa la izquierda y parte de la derecha conservadora, el ideal del mercado no es tratar a los demás como meros instrumentos sin interesarnos más allá por ellos, sino que debemos tratarlos como personas cuya dignidad merece ser respetada. Y esto es así porque todos nos beneficiamos del respeto mutuo pero también porque sentimos que en general es lo correcto. Planteemos un ejemplo para ilustrar este punto. Imagine que alguien va a un negocio a comprar algo y al vendedor se le olvida cobrárselo o le cobra menos que el precio real. Si las personas fueran estrictamente racionales e instrumentales se irían sin pagar, pues obtendrían un beneficio sin asumir coste alguno. ¿Es eso lo que hace la mayoría de la gente? Claramente no, aunque, nuevamente, esto varía de cultura en cultura. En general, la mayoría le llama la atención al vendedor

18. Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, p. 181.

y le paga lo que corresponde. ¿Por qué? Pues porque es lo justo; porque sabemos que hay un principio de honestidad y respeto por el otro involucrado. Así, las relaciones de intercambio libre entre personas —eso que llamamos mercado— no sólo promueven valores esenciales para la vida civilizada y para la subsistencia de la comunidad como lo son la honestidad, el respeto y el cumplimiento de lo prometido, sino que se funda en ellos al punto de que sin esa estructura de valor el mercado no podría existir más que en una forma extremadamente primitiva. Por eso, a diferencia de lo que cree la izquierda y la derecha conservadora, el liberalismo clásico, como dice el premio Nobel de Economía James M. Buchanan, no promueve ni debiera promover la falsa visión del *homo economicus* puramente maximizador del beneficio propio,¹⁹ que es la que suscribe en general la izquierda, increíble coincidencia con un rama economista del mismo «neoliberalismo» que ellos denuncian.

Aquí, nuevamente, vale la pena una digresión, pues esta visión del ser humano como un agente egoísta incapaz de darse gratuitamente a sus semejantes y de respetarlos salvo que se beneficie, lejos de ser la visión liberal clásica, es la concepción que inspira a la izquierda en general. Piénselo: es precisamente porque los socialistas desconfían tanto del ser humano y de su capacidad para hacer el bien, incluso a sí mismo, que quiere amarrarlo con cadenas de hierro al poder del Estado y obligarlo por la fuerza a hacer el bien a otros y a protegerlo de sí mismo. Dejadas solas, nos dicen, las personas sólo perseguirán su propio interés provocando una erosión de los lazos comunitarios. Por eso el Estado debe salvarnos de nuestra propia inmoralidad y egoísmo garantizando el mítico «interés general» incluso contra nuestra propia voluntad. La solidaridad, ya mencionada, que para los liberales como Smith y Friedman es parte de los impulsos más nobles del espíritu humano, para los socialistas no se concibe fuera del Estado dado el egoísmo que según ellos nos caracteriza. Por eso debe imponerse por la violencia quitándoles a unos para darles a otros. Y como en la teoría socialista, el

19. James Buchanan, *Why I, Too, Am Not a Conservative*, p. 15.

pueblo se encarna en el Estado mediante la ficción del «interés general» que sólo la autoridad puede interpretar, se espera de éste todo tipo de milagros. El gran economista francés del siglo XIX Frédéric Bastiat, criticando ese tipo de adoración por el Estado, escribió un artículo con reflexiones notables por su actualidad: «Se me acusa de ser un hombre sin corazón y sin entrañas, un filósofo rancio, un individualista, un burgués y, para decirlo todo en una palabra, un economista de la escuela inglesa o americana. ¡Oh! Perdónenme, escritores sublimes, a los que nada detiene, ni las propias contradicciones. Estoy equivocado, sin duda, y me retracto de todo corazón. No pido nada mejor, estén seguros, de lo que ustedes ya han descubierto: un ser bienhechor e infatigable, llamado Estado, que tiene pan para todas las bocas, trabajo para todos los brazos, capital para todas las empresas, crédito para todos los proyectos, aceite para todas las llagas, alivio para todos los sufrimientos, consejo para todos los perplejos, soluciones para todas las dudas, verdades para todas las inteligencias, distracciones para todos los aburrimientos, leche para los bebés, vino para los ancianos; un ser que provee todas nuestras necesidades, previene todos nuestros deseos, satisface todas nuestras curiosidades, endereza todos nuestros entuertos, repara todas nuestras faltas y nos dispensa de juicio, orden, previsión, prudencia, juicio, sagacidad, experiencia, orden, economía, templanza y actividad».²⁰

Volviendo al tema central hay que insistir que la izquierda y la derecha conservadora corporativista en general muestran no conocer bien la teoría económica liberal que critican. Aparte del hecho de que Smith jamás concibió las relaciones de mercado como pura razón instrumental, ni mucho menos pensó que los seres humanos eran incapaces de la benevolencia, hay otros errores más en el análisis que hacen del liberalismo y que reflejan un desconocimiento profundo de lo que critican. Así, por ejemplo, suelen decir que para los liberales modernos el mercado no requiere regulación y surge absolutamente solo. Ahora pongamos atención a lo que dice Friedrich A. Hayek so-

20. Frédéric Bastiat, «El Estado».

bre este punto, el supuesto padre del mal llamado «neoliberalismo»: «Es importante no confundir la oposición contra la planificación de esta clase con una dogmática actitud de *laissez-faire*. La argumentación liberal defiende el mejor uso posible de las fuerzas de la competencia como medio para coordinar los esfuerzos humanos, pero no es una argumentación a favor de dejar las cosas tal como están [...] No niega, antes bien, afirma que si la competencia ha de actuar con ventaja requiere una estructura legal cuidadosamente pensada [...] Tampoco niega que donde es imposible crear las condiciones necesarias para hacer eficaz la competencia tenemos que acudir a otros métodos en la guía de la actividad económica [...] el uso eficaz de la competencia como principio de organización social excluye ciertos tipos de interferencia coercitiva en la vida económica, pero admite otros que a veces pueden ayudar muy considerablemente en su operación e incluso requiere ciertas formas de intervención oficial».²¹

Evidentemente, Hayek dice exactamente lo contrario a lo que sostienen los críticos socialistas y social cristianos. Es decir, muestran un grave desconocimiento de la teoría que critican o bien la conocen, pero caen en la falacia de armar un falso hombre de paja que luego echan abajo con el fin de probar su punto de vista. Además, suelen creer que el mercado libre, el que, como se vio, supone que existan reglas del juego, tiende a generar monopolios cuando la posición aceptada por la mayor parte de la literatura económica es la contraria: que es el Estado, a través de numerosas regulaciones que crean barreras a la entrada de diversas actividades económicas y privilegios a empresas establecidas, el que lleva al desarrollo de monopolios. Nada más conveniente para un empresario que ser regulado en su actividad, pues esto liquida la potencial competencia que pueda surgir. De ahí que, lejos de promover la libre competencia, los grandes intereses económicos usualmente promueven la regulación estatal y apoyan coaliciones antiliberales. Como ya se explicitó, Adam Smith tenía esto muy claro en su libro *La riqueza de las*

21. Friedrich Hayek, *Camino de servidumbre*, pp. 64-65.

naciones, donde denunció los esfuerzos de mercaderes por obtener beneficios a expensas del resto a través de privilegios estatales que cerraban la competencia. No es el mercado libre, sino el Estado el gran aliado de los grandes intereses económicos. De ahí que los liberales siempre hayan sido pro libre mercado y no pro empresas. Como diría Friedman, la razón por la que se debe estar del lado de un sistema de libre empresa y ser contrario a los intereses particulares de las empresas, es que ésta es la única forma de mantener el poder disperso y evitar su concentración. De lo contrario la sociedad libre no puede sostenerse.²² Para el liberalismo clásico la colusión entre grandes intereses económicos e intereses políticos, que la izquierda y la derecha socialcristiana fomentan con su estatismo, ha sido siempre el principal enemigo de la sociedad libre.

Otro factor esencial en esta discusión sobre el mercado, que la izquierda simplemente ignora en su visión del mercado como fuente de fría instrumentalización, es que éste ha creado millones de bienes gratuitos para millones de personas. Wikipedia es el mejor ejemplo. Aquí, la lógica creativa y espontánea del mercado dio origen a un instrumento del cual todos nos beneficiamos sin pagar un centavo. Lo mismo ocurre con Gmail, Skype, Google, Twitter, YouTube, Facebook y cientos de otras empresas cuyo modelo de negocio nada tiene que ver con cobrar en un intercambio. Pero hay más, porque hoy día en internet básicamente no hay nada que usted quiera aprender y que no pueda hacerlo de forma gratuita. La Khan Academy es el caso más notable, donde usted puede tomar clases gratis desde álgebra hasta economía financiera. Incluso puede ver online y gratuitamente las clases de muchos de los mejores profesores del mundo que imparten clases en universidades como Harvard o Yale.

Toda esta creación de valor gigantesca nos ha beneficiado sin que otorguemos nada a cambio, porque la motivación de la mayoría de quienes se encuentran detrás de estos desarrollos no es generar ganancias, sino satisfacer un impulso de contribución a

22. Ver la conferencia de Friedman «Big Business, Big Government» en: <http://www.youtube.com/watch?v=R_T0WF-uCWg>.

la comunidad que es inherente a los seres humanos. Como ha explicado Daniel Pink en su libro *La sorprendente verdad sobre qué nos motiva*, es la motivación intrínseca, entre las que destaca la diversión que significa el desafío de crear tipos de software y programas abiertos, lo que ha llevado a la explosión de fuentes abiertas para todos.²³ El mismo Pink explica, que hoy en Estados Unidos, la moda de un mercado centrado en misiones más que en utilidades ha llevado a que se creen empresas cuyo fin no es repartir utilidades para sus dueños. De éstas hay diversas categorías que van desde reparticiones de utilidades muy limitadas hasta la no repartición de utilidades. Si bien todas ellas operan en la lógica descentralizada y libre del mercado, compitiendo, obteniendo lucro y todo lo demás, su propósito es lo que llaman «beneficio social». En Carolina del Norte, por ejemplo, hay empresas que compran antiguas y abandonadas fábricas de muebles, las modernizan con tecnologías ecológicas y las arriendan nuevamente a fabricantes de muebles a precios muy bajos. El propósito es revitalizar la economía de una región en serios problemas mucho más que generar utilidades, aunque el negocio se autosustenta.²⁴ Si bien esto no es la regla general, es cada vez más común y, sin duda, supone un producto del mercado que la izquierda y grupos conservadores denuncian como «inhumano».

Pero el argumento más fundamental en favor del libre mercado, en su sentido más tradicional, es que las personas intercambian como parte de su proyecto de vida, y si estamos de acuerdo en que debemos respetar los planes de vida ajenos, entonces debemos respetar las decisiones que los individuos toman con lo que les pertenece. Si usted quiere gastarse su dinero en fiestas es su problema. Y si quiere gastárselo en la educación de sus hijos también lo es. El socialista está de acuerdo en que se gaste todo en fiestas pero no en la educación para sus hijos. Es difícil concebir una lógica más incoherente. Si usted tiene libertad para lo uno debe tenerla también, y sobre todo, para lo otro.

23. Daniel Pink, *La sorprendente verdad sobre qué nos motiva*, Gestión 2000, Barcelona, 2010, pp. 20-24.

24. *Ibíd.*, p. 23.